

# Homilias de Año Nuevo

## + Lectura del santo Evangelio según San Lucas

*En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.*

*Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.*

*Al cumplirse los ocho días tocaba circuncidar al niño y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.*

## Palabra del Señor

### Homilias:

(A)

### TIEMPO PARA CRECER

Al comenzar el nuevo año lo primero que hemos de hacer es dar gracias a Dios por el don del tiempo, que es el don de la vida, el don fundamental. El Señor, al comienzo del año, nos regala 365 sacos de semillas, que son nuestras posibilidades, nuestras capacidades, nuestro tiempo, nuestras riquezas. ¡Qué venturoso sería si dentro de doce meses pudiéramos celebrar la mejor cosecha de nuestra vida para bien nuestro y de nuestro entorno! Sabemos que en esta sementera no nos van a fallar las condiciones necesarias de calor y lluvia que no se niegan a nadie:

"Yo planté, Apolo regó, pero es Dios quien hace crecer" (1 Co 3,6). Sabemos que por Dios no quedará.

"El tiempo es oro", dice el repetido refrán. Pero hay que decir que es mucho más que oro; el tiempo es gracia, es reino de Dios, es amor... Todo depende de la inversión que le demos. Podemos hacer de él un tiempo muerto (¡matar el tiempo, qué crimen!) o un tiempo vivo (¡emplear bien el tiempo, qué sabiduría!). De nosotros depende. El comienzo de año nos invita a pensar sobre nuestra forma de emplear este gran capital que es el tiempo, las facilidades de la vida, el sentido con que la vivimos, la calidad y la calidez que la animan.

El tiempo es un don, una oportunidad que se nos da para crecer y para ayudar a crecer.

Un enano nos da compasión: ¡Qué pena! Dejó de crecer antes de tiempo. ¡Cuántos enanos del alma! ¡Qué obsesión la de los padres para que sus hijos coman para desarrollarse perfectamente y crezcan sanos y robustos! En cambio, ¿nos asusta que nosotros y ellos nos podamos quedar como enanos psicológicos?

Dios, nos concede este año para que multipliquemos la vida, la nuestra y la de los demás, para que crezcamos... En resumidas cuentas, no hay más que un solo pecado: negarse a crecer.

## **SUPERAR ETAPAS**

El año nuevo es una oportunidad que Dios nos concede para alcanzar una experiencia nueva de la vida, de encuentro con Él, con los demás, con nosotros mismos. Sería un crimen convertir la vida en un velódromo, en dar vueltas siempre en torno al mismo circuito de 365 días sin avanzar nada.

En una tertulia, un contertulio de Ortega y Gasset comentaba: "Llevo muchos años en que no cambio nada, sigo mi vida de siempre". "¿Cuántos años has cumplido?" -le pregunta Ortega-. "Tengo sesenta" -contesta-. "Tú no tienes sesenta años -le replica Ortega-, tú tienes sesenta veces el mismo año".

Una de las sentencias que repiten indefectiblemente los evangelistas y que encarna el sentido de la vida de Jesús es la afirmación: "El que pretenda guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará" (Lc 17,33). Juan retransmite la sentencia diciendo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna" (Jn 12,24-25). De este modo, Jesús nos invita a vivir el misterio pascual que él vivió cabalmente: a la vida por la muerte.

El Abbé Pierre, desde su ancianidad y con ansias de llegar al hogar definitivo, escribe: *La vida es un tiempo que se nos concede para aprender a amar*. Y la vida que se entrega es la única que se conserva y multiplica, como el grano que aceptó morir bajo la tierra y se ha convertido en espiga. El año que iniciamos nos invita a hacer más y mejor lo que hacemos, a prestar más y mejor ayuda, a colaborar más y mejor.

Han sido cursadas millones y millones de cartas, tarjetas, mensajes... deseando felicidad. Las líneas telefónicas se saturaron y hoy mismo se cruzarán millones de deseos recíprocos de felicidad: "¡Que tengas un año feliz!". Ya es algo. Con ello queremos compartir la felicidad del otro, de los otros. Pero esto no sirve de mucho al que recibe la felicitación. Como dice

Santiago, de poco le sirven al que tiritita de frío o al que se retuerce de hambre las meras palabras de compasión: "¡Que Dios te ampare! ¡Cuánto me encantaría que gozaras del bienestar!" (Cf. St 2,15-17).

Hoy es el día de decir a los familiares, amigos, compañeros de trabajo, vecinos...: "No sólo te deseo que seas feliz en este año, sino que haré todo lo que pueda para que lo seas de verdad. Te comprenderé, te ayudaré, multiplicaré mis gestos de ayuda. Me esforzaré para que nuestra convivencia sea más feliz". Todo lo demás no pasa de formulismos y formalismos vacíos.

## LA VIDA ES DEMASIADO BREVE

Lo mismo hay que decir de la paz. Estamos en el día de la paz. Y hay que afirmar que sólo tenemos paz cuando la promovemos. ¡Qué regalo tan grande es la persona que promueve la paz, que es instrumento de paz! Con respecto a ella se puede afirmar lo que San Juan de la Cruz decía del amor: Regala paz y cosecharás paz.

San Agustín, en las *Confesiones*, presenta a su madre como modelo de mujer pacificadora. Cuenta que "cuando venía con chismes y divisaba hogueras de odio, ella las apagaba hablando a unos de otros, disculpando, interpretando benévolamente los hechos, las palabras, los gestos". Era como un bloque de arena donde se estrellaba la metralla enemiga. ¡Qué tarea tan grandiosa la del reconciliador! ¡Qué tarea tan diabólica la del disgregador que destruye la obra de Cristo, que vino a "congregar a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11 ,52).

Nos da pena ver una fortuna terrena dilapidada, pero es mucho peor dilapidar el tiempo, porque es malgastar una fortuna eterna. ¡Con las inversiones tan buenas que se pueden hacer...!

Al final de la vida sólo tendremos el tiempo que hemos vivido para amar, para servir, para crecer, para sembrar paz y felicidad... sólo tendremos la cosecha de las semillas de bien.

El Señor nos regala 365 sacos de semillas. Es preciso sembrarlas todas. Del sol y la lluvia ya se encarga Él. No podemos olvidar jamás la afirmación categórica de Disraeli: *La vida es demasiado breve para ser mezquina.*

### (B)

Pocas cosas hay en el Evangelio tan importantes como la paz. Paz es lo que los ángeles anuncian cuando Jesús nace. "Paz a vosotros" era siempre la despedida de Jesús a sus apóstoles tras su

resurrección. Paz es lo que a diario pedimos y deseamos los sacerdotes en la misa de cada día.

Pero la paz es lo que más falta en el mundo. Ahí está la permanente amenaza de la guerra y para la que no cesan de armarse hasta los dientes todas las naciones del mundo.

Paz es lo que falta en las calles. Paz, es lo que más necesitan las familias.

Pero no es de la gran paz internacional de la que yo quisiera hablar. Me temo que ni Obama, ni Putin lleguen a conseguirlo. Y poco ganaríamos con hablar aquí de lo que ellos deberían hacer.

A mí lo que me preocupa es lo que nosotros, tú y yo, podríamos hacer por la paz. Porque la gran paz del mundo se hace con muchas pequeñas paces. Y si todos los hombres fuésemos verdaderamente pacíficos, no tendríamos tanto miedo a la guerra.

Por eso dejadme que os pregunte y me pregunte a mí mismo si somos nosotros gente de paz. Porque tal vez lo peligroso es que todos nos hemos contagiado de un espíritu arisco, agrio, de una violencia que se nos mete por todos los rincones del alma.

Somos violentos porque sonreímos poco. ¿Os habéis fijado qué poco se ríe la gente? Parece que vayamos todos por la calle como ni nos hubiéramos tragado una espada. Hasta en las iglesias la gente sonríe poco. Parece incluso que algunos creen que es un pecado sonreír en una iglesia. Hasta los sermones son agresivos. Y los templos deberían ser una fuente permanente de buen humor. Nos hemos creído que Jesús murió, pero no acabamos de creernos que también resucitó y que la misa, la celebración de Jesús, es en realidad una fiesta.

Nos reímos poco en la vida. La gente habla a gritos. Si abres el televisor parece que fuera obligatorio que todos los matrimonios se pasaran la vida gritándose, insultándose, y cuando nos muestran un matrimonio que se quiere y sonríe, decimos: ¡Bah!, una comedia rosa, la vida no es así.

Los creyentes deberíamos declarar una nueva cruzada: la cruzada de la sonrisa, la cruzada de la gente feliz, la cruzada de la alegría.

Una vez oí decir al arzobispo de Sevilla que a él le extrañaba mucho el no oír nunca en el confesionario acusarse a nadie del pecado de la tristeza. Y, naturalmente que es un pecado.

No hablo, claro, de esa tristeza inevitable de alguien que tiene un dolor porque se le ha muerto alguien querido. Hablo de esa tristeza como estado anímico, como sequedad espiritual, como falta de fe y esperanza.

Por todo ello yo pienso que la gran contribución de los cristianos, podría ser ésta: vamos a demostrarle a la gente que Dios es bueno, que nos ama, que nos sentimos amados. Y vamos a demostrárselo con nuestra cara, con nuestra sonrisa. Que cuando nos vean vivir descubran que ser cristiano es estupendo, que ya que llevamos la gracia en el corazón, la llevemos también en los ojos.

Queridos, hermanos, este nuevo año a sonreír. Porque en un rostro que sonrío ya ha nacido la paz.

### (C)

Me gustaría recordaros aquella parábola que Cristo contó a sus contemporáneos. Aquella en la que se habla de un gran señor que se marchó de viaje y que al hacerlo entregó a sus administradores, cinco, dos y un talento para que negociasen con ellos, recordándoles que les pediría cuentas a su regreso.

Y os la recuerdo porque esos talentos son el tiempo que Dios nos da a cuantos vivimos. Durante el año que se ha cerrado nos dio a cada uno de nosotros 365 días, 365 talentos. Y hoy que este año se ha cerrado podría preguntarnos, a cada uno de nosotros, qué fruto hemos sacado de ellos.

Y tal vez muchos estarán pensando que ellos no mancharon esos 365 días haciendo daño a alguien o volviéndose contra Dios.

Pero a éstos habría que recordarles que el Señor de la parábola castigó al quien devolvió entero y limpito su denario, porque lo que Dios esperaba era que con ese denario, con esos 365 días, produjera fruto.

¿Lo han producido los nuestros? ¿A cuántos hemos amado y ayudado? ¿A cuántos hemos contagiado nuestra fe? ¿Ha crecido el Reino en nuestras manos? ¿Hemos avanzado en nuestra alma?

Amigos míos, el cristianismo es algo positivo. El Pueblo de Dios es algo que tiene que crecer y que avanzar. ¿Si entre nosotros no crece el amor y disminuyen las injusticias para qué somos cristianos?

Dejadme por eso que os diga que el día 31 de diciembre no es el día de la locura, donde nos disfrazamos poniéndonos una nariz de payaso y un gorrito de colores. El 1 de Enero es el día del examen de conciencia, es el día de la responsabilidad, el día de mirar nuestras manos y preguntarnos si salen vacías de estos 365 días.

Pero es también el día de la esperanza. Porque Dios es un Padre que el 1 de enero empezará a poner en nuestras manos un nuevo talento de otros 365 días.

Y los cristianos nunca debemos mirar atrás para convertirnos en estatuas de sal. Tal vez hayamos perdido o medio perdido el año que ha concluido. En ese caso hay que pedirle a Dios perdón con sencillez por nuestra cobardía y, luego, en seguida, preguntarnos cómo vamos a aprovechar este nuevo talento que nos dan.

El futuro es lo que importa. El año nuevo puede ser un gran año. Debe ser un gran año.

¿Y cómo será un gran año?

Lo será, en primer lugar, si lo vivimos despiertos, si no nos limitamos a dejarnos vivir, si tomamos hoy mismo la decisión de que al empezar el nuevo no deberemos estar tan vacíos como tal vez nos sentimos respecto del año que termina.

El año que va a empezar tendrá que ser un año lleno. ¿Lleno de qué? De amor y de alegría. De eso llenó sus años Jesús cuando vivía entre nosotros. Por eso la gente decía de Él que “pasó haciendo el bien”. Por eso al morir pudo decir con justo orgullo que “todo está cumplido”.

Por eso, en estos días en que todos os desearán un “Feliz año nuevo”, yo voy a desearos un “Feliz y lleno año nuevo”.

¿O tal vez ser feliz y estar lleno es lo mismo? Sí, lo es: seréis felices si estáis llenos. Seréis desgraciados si estáis vacíos. Y la verdad es que no valdría la pena que nos dieran un año nuevo para que lo perdiéramos y fuéramos en él, además de inútiles, desgraciados.

## (D)

Hay una cosa de la que ya estoy seguro: que sólo salvaré mi vida amando; que los únicos trozos de mi vida que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta y tantos años en descubrirlo! Durante mucho tiempo pensé que mi «fruto» sería dejar muchas melodías escritas, conferencias dadas, algún premio conseguido... Escribir cosas interesantes... Ahora sé que mis únicas líneas dignas de contar o mis mejores palabras fueron las que sirvieron a alguien para algo, para ser feliz, para entender mejor el mundo, para enfrentar la vida con más coraje. Al fin de tantas vueltas y revueltas, termino comprendiendo lo que ya sabía cuando aún apenas si sabía andar.

Dejadme que os lo cuente: si retrocedo en mis recuerdos y busco el más antiguo de toda mi vida, me veo a mí mismo -¿con dos años o con tres?- corriendo por mi casa de niño. Era una casa soleada. Y me veo a mí mismo corriendo por ella y arrastrando mi manta, con la que tropezaba y sobre la que me caía. «¡Manta, mamá, manta!», dicen que decía. Y es que cuando mi madre estaba enferma y el crío que yo era pensaba que todas las enfermedades se curan arrojando al enfermo. Y allí estaba yo, casi sin saber andar, arrastrando aquella manta absolutamente inútil e innecesaria, pero intuyendo, quizá, que la ayuda que prestamos al prójimo no vale por la utilidad que presta, sino por el corazón que ponemos al hacerlo.

Me pregunto desde entonces si tal vez nuestro oficio de hombres y mujeres no será, en rigor, otro que el de arrojarnos los unos a los otros frente al frío del tiempo y de la vida.



Desde entonces hay algo que me asombra: por qué queremos mucho más a los muertos que a los VIVOS. Cuando voy a los entierros me pregunto siempre por qué quienes acompañan ese día al muerto no tuvieron parecido interés en acompañarle cuando vivía, por qué ahora les parece mucho mejor que antes, o, al menos, por qué sólo ahora le elogian. ¿Son hipócritas? ¿O es que sólo descubrimos el amor cuando viene acompañado del dolor?

Recuerdo cuánto me impresionó hace años una frase leída en un libro de J. M. Cabodevilla, que se preguntaba: «¿Por qué el amor no hace a los hombres dichosos, pero su privación los hace desdichados? ¿Por qué la ausencia de la persona amada les hace sufrir más de lo que su presencia les hacía gozar?

Es cierto: los hombres y las mujeres descubrimos lo que vale el amor cuando nos falta, lo mismo que nos enteramos de que tenemos páncreas cuando nos duele. Mientras vivimos llevamos el amor en el alma sin paladearlo y vamos dejando que poco a poco se convierta en tedio. Con lo cual sufrimos dos derrotas: no somos felices y dejamos que el amor se nos destiña.

Y así es como el mundo se va llenando de solitarios, convirtiéndose en una monstruosa concentración de soledades. Por eso, en rigor, no hay más que una pregunta que deberíamos formularnos cada noche de este nuevo año que se nos regala: ¿A quién he amado hoy? ¿A quién he ayudado? Sabiendo que, si la respuesta es negativa, ese habrá sido un día perdido.

**P. Juan Jáuregui Castelo**